Barrett, personaje quijotesco

El caso del escritor que ingresa en el periodismo por necesidades económicas, es relativamente común. Desde tiempos inmemoriales se sabe de prestigiosas plumas refugiadas en las redacciones de los diarios, o escribiendo colaboraciones que, por lo general, les reportan escuálidos estipendios. Uno de estos literatos es el santanderino Rafael Barrett, escasamente conocido en España y de profunda huella en América del Sur. Su caso no solamente es bastante particular por el hecho de iniciarse tardíamente y fuera de su país, sino porque demostrando condiciones inequívocas de escritor fue absorbido, casi totalmente, por el periodismo. Su obra publicada en libro lo demuestra: de los once títulos, diez recogen sus artículos, editoriales y crónicas aparecidas en revistas y diarios de Argentina, Uruguay y Paraguay, y solamente uno, su obra narrativa.

Podrá aducirse que Barrett tenía más temperamento periodístico, y que fue ésa la razón por la que ancló dentro de las redacciones de ciudades como Buenos Aires, Montevideo o Asunción. Esa proporción inmensa de diez libros periodísticos y uno de narración, parece demostrarlo. Sin embargo, si se analiza su pensamiento a través de esos mismos artículos, y se examinan detenidamente sus cuentos, se encuentra más al creador que al hombre que tiene que cumplir una tarea diaria como redactor. Y si se conocen algunos aspectos de su vida, tanto de la desarrollada en esos países latinoamericanos, como en España, es fácil descubrir el espíritu fantasioso, utópico, de grandes connotaciones con la poesía, tan identificado con el creador, con el hombre que elige la ficción antes que la rotunda realidad del periodismo.

Rafael Barrett, había nacido en 1876 en Torrelavega, Santander. Hijo de un ingeniero británico, George Barrett, y de una española emparentada con el duque de Alba, doña Carmen Alvarez de Toledo. Estudió para ingeniero agrónomo, primero en París, y a la muerte de su padre, en Madrid donde finalizó la carrera. Las noticias de su adolescencia y primera juventud, son escasas, y solamente dan referencia de los estudios y de la situación algo sólida, en el aspecto económico, de su familia, pero se empieza a tener información más sustanciosa cuando se entra en el siglo XX. A la muerte de su madre, abandona Bilbao donde residía y se instala en Madrid. No solamente frecuenta los salones literarios, se deja imantar por los casinos, y se muestra como un tenorio impenitente, sino que traba amistad con distinguidos escritores de su generación, vale decir la famosa del 98. Ramón del Valle-Inclán y Ramiro de Maeztu, se hallan entre sus amigos. Es precisamente este último, quien da una versión del hecho que determinó su salida de España en 1903.

Barrett había gastado toda la fortuna heredada de sus padres, y a consecuencia de ese brusco decaimiento económico, los salones madrileños se le comenzaron a cerrar. Pero su pasión por el juego no decayó y siguió frecuentando los casinos, tal vez, con

la vaga esperanza de recuperar el dinero perdido. Sin embargo, otra característica de su personalidad sería la que le colocase en el duro trance de tener que abandonar el país. Una leyenda negra se había levantado contra él señalándole como el causante de esta difamación al duque de Arión, a quien atacó premunido de un látigo, en un conocido teatro de Madrid. La violencia del hecho fue comentada por Ramiro de Maeztu, y años después, recogida por el venezolano Rufino Blanco-Fombona, en su libro *Motivos y Letras de España.*[1]

La persecución que se ejerció sobre el joven agrimensor, y las dificultades económicas por las que estaba atravesando, lo obligaron a cambiar de continente, y un buen día embarcó con destino a Buenos Aires. A partir de ese momento, su vida da un vuelco impresionante: desaparece el dandy, y surge el anarquista. El proceso se opera en algo así como dos años. Fue en octubre de 1903 cuando llegó a la capital argentina, se dice que acompañado de un pariente suyo, y en 1906, cuando su obra y su comportamiento, muestran al anarquista perfectamente formado.

Los exégetas de Barrett —no pocos, y todos sudamericanos— no reflexionan muy claramente acerca del por qué dirige sus pasos hacia el periodismo, y no utiliza sus conocimientos de ingeniería, música, idiomas, matemáticas, pintura, etc., pero se deduce que fue lo primero que se le presentó. Que las puertas de un diario argentino fueran las primeras que se le abrieron, y a los pocos días de haber llegado a esa ciudad ya estaba convertido en uno de los redactores más sólidos de esa casa. Nadie, o muy pocos, se preocupan por averiguar si antes de venir a la Argentina, Barrett ya había hecho alguna publicación en diarios y revistas, o si algunos de sus cuentos habían sido leídos por sus amigos escritores. Porque ese inicio tan apresurado como acertado, en las filas del periodismo, resulta tan interesante como extraño.

A partir de su primer trabajo en *El Diario Español* de Buenos Aires, se gana la vida escribiendo, aun en Paraguay donde se preocupa por utilizar sus otros conocimientos. Pero ya se hallaba totalmente volcado a la actividad anarquista y en franca oposición con los grandes empresarios del país y, por ende, con estamentos oficiales y políticos destacados. El profesor de francés e inglés, el excelente espadachín o el delicado y profundo crítico de arte, quedan relegados para dar paso a un hombre cuya esencial preocupación es la de defender al desvalido. Y éste será el espíritu, la meta de su vida hasta el final, que se produce en 1910, cuando solamente cuenta con 34 años de edad, se halla casado con una paraguaya y tiene un hijo, Alex, al que ha visto durante muy corto tiempo.

Podría decirse que escasamente la sexta parte de la vida de este hombre es importante, ya que sólo se tienen noticias de sus últimos seis años, y nada o muy poco se sabe de él antes de 1903. Investigadores de su vida, como el uruguayo Vladimir Muñoz, han logrado hallar partidas de nacimiento y defunción de sus padres, y algunos otros datos relacionados con la familia, pero fundamentalmente, han espigado sobre el discurrir de los años vividos en América Latina. Y, como es lógico suponer, de esos años los que más atraen la atención son los últimos, aquellos tan difíciles vividos en el Paraguay, donde durante un tiempo trabaja para la compañía inglesa del ferrocarril, em-

[1] *Compañía Iberoamericana de Publicaciones, S. A., Madrid, 1930; pp. 205-217.*

pleo bien remunerado que consiguiera tanto por su dominio de la lengua inglesa, como por ser hijo de súbdito británico, pero que abandonara indignado al descubrir una injusticia contra un trabajador paraguayo, al que él no conocía, pero del que sí supo el motivo que causó su salida de la compañía. Esto determinó que él dimitiera, y se dedicara a vivir, franciscanamente, de lo que ganaba como periodista.

Durante esos años vividos en Paraguay (1906 a 1909), sufrió cárcel y, gracias al cónsul del Reino Unido, que le facilitó pasaporte británico, pudo salir del país y dirigirse a Corumbá, Brasil, desde donde marchó a Uruguay, para trabajar como redactor en el diario *La Razón* de Montevideo. Esta vida novelesca, en la que Barrett jugaba un papel heroico, a disgusto de él mismo, puesto que rechazaba cualquier atisbo de heroicidad y consideraba, simplemente, que lo que hacía era cumplir su deber como hombre, tuvo su punto final en Francia durante el mes de diciembre de 1910. Su organismo se había resentido de tantos días de vigilia y mala alimentación, y los médicos diagnosticaron tuberculosis. En esos años resultaba difícil hallar al médico que pudiera con ese mal, y Barrett optó por dirigirse a un especialista francés, a quien había conocido en sus años de estudiante de la Sorbona. Poco después de cambiar las primeras cartas, decidió marchar a Francia. Su partida determinó una serie de homenajes, y una demostración de gran cariño por parte de la intelectualidad uruguaya hacia este escritor tan alejado de la vanidad. Cuando salió con destino a Europa, transido de esperanzas con respecto a sus pulmones, la vida empezaba a tener otro color para él. Muchas de las puertas que siempre habían estado cerradas comenzaron a abrirse, una de ellas fue la de la revista de Buenos Aires, *Caras y Caretas,* que le contrató colaboraciones muy bien pagadas pero que él, cada vez más enfermo, no pudo cumplir como era su deseo.

Salió de Montevideo en agosto de 1910 y llegó a Barcelona en septiembre del mismo año, escribiendo desde esta ciudad una carta a su esposa, Francisca López Maíz, en la que le daba sus opiniones sobre la capital catalana. La carta se inicia con estas frases: «Adorada mía: Acabo de llegar a España, de la cual lo primero que he visto de cerca es el castillo de Montjuich. ¡Lo echaremos abajo! Pero esta Barcelona es admirable. Me recuerda París. No es española en nada. La he recorrido en coche, y de vuelta al hotel he querido decir, en seguida a mi Chita, que éste es uno de los puntos del mundo en que se puede vivir y donde hay mucho que hacer. Esta ciudad me parece una magnífica herramienta. Aquí estallará la revolución que transformará a toda la península, y al mismo tiempo no quita para que se alcen estatuas como la de un señor Güell, ¡Fabricante de pana!»[2]

Casi de inmediato pasó a París, a donde llegaba como miembro de la oficina que en esa ciudad tenía el diario *La Prensa* de Buenos Aires, y donde también consiguió que *Le Figaro* le aceptara colaboraciones que ya no pudo escribir. De la Ciudad Luz, se dirigió a Arcachon, pueblo de pescadores y considerado como el paraíso de las ostras, donde uno de los médicos especialistas en tuberculosis, de mayor prestigio, atendía a sus pacientes. Hasta este lugar llegó todavía optimista, aun cuando sus fuerzas habían mermado considerablemente. Sus cartas así lo demuestran: «De mi salud nada nuevo. El médico me hace quedar en la cama, con todas las ventanas abiertas, tengo las manos

[2] Cartas íntimas, *Biblioteca Artigas, Montevideo, 1967. Carta fechada el 2-IX-1910, pp. 101-102.*

duras de frío. (...) El reposo que me prescribe es para ver si engordo. Veremos... No tengo fiebre, como bien. Apenas esputo. Algo es algo. Lalesque (su médico) parece contento.»[3]

El 13 de diciembre de 1910, comenzó a escribir una carta a su mujer y ya no pudo concluirla. Junto a él se hallaba una tía paterna que se había trasladado desde Santander hasta Arcachon, Susan Barrett, quien firma la mala noticia que se envía al Paraguay. Así concluyó una vida extraña, valiente, honesta. Y se truncó la carrera periodística y narrativa de un hombre que empezaba a ser aceptado en los tres países latinoamericanos en los que había vivido. En 1910 sólo había aparecido su primer libro: *Moralidades actuales,*[4] y a él seguirían diez más, casi todos publicados entre 1911 y 1914. En 1967, su viuda publicó la correspondencia entre Barrett y ella, bajo el título de *Cartas íntimas.*[5]

Barrett y el periodismo

Nadie ha podido determinar si antes de viajar a la Argentina, Rafael Barrett había publicado artículos o cuentos. Su obra se inicia con sus trabajos para un diario de Buenos Aires, y finaliza con sus crónicas para *La Razón; La Prensa; Le Figaro* y otros diarios de la época. Sería interesante espigar en las hemerotecas españolas en busca de algún artículo firmado por él, aunque para juzgarle como articulista es suficiente lo realizado en América del Sur.

Ya hemos dicho que Barrett no es el periodista clásico, el informador que sale en busca de la noticia, o que debe saber «ver bajo el agua» para seguir un caso o una campaña. Es el intelectual transportado a las redacciones, y sus artículos versan sobre temas de actualidad, manteniendo siempre un tono alturado, que logra gracias a su densidad cultural.

No ha quedado suficientemente establecido cuál fue el primer diario en que publicó Barrett. Se había dicho que acabado de llegar a Buenos Aires, había conocido al español López Gomara, director de *El Diario Español,* quien le propuso que entrara como articulista. Pero algunos de sus biógrafos, Vladimir Muñoz entre ellos, señalan que las primeras colaboraciones con su firma aparecieron en *El Tiempo* y en la revista *Ideas.* Lo que sí está comprobado es su salida del diario de López Gomara, y su ingreso en *El Tiempo,* donde trabajó hasta octubre de 1904, fecha en que se le envía como corresponsal a Asunción, donde había estallado una revolución sangrienta. La otra versión con respecto al cambio de residencia (Paraguay por Argentina), sostiene que dejó *El Diario Español* a consecuencia de una violenta discusión con el director, y que fuera motivada por la publicación de su artículo «Buenos Aires».[6]

[3] Ob. cit. *Carta del 20-XI-1910, pp. 121-122.*

[4] *Rufino Blanco Fombona realizó una nueva edición de este título para la biblioteca,* Andrés Bello, *de la editorial América, Madrid, 1919.*

[5] *Contiene 74 cartas, la gran mayoría de Rafael Barrett a su esposa, con anotaciones de ésta, y prólogo de Luis Hierro Gambardella.*

[6] *Está publicado en* Moralidades actuales. *Y aparece, también, en la selección que sobre su obra periodística publicó Tusquets Editores, bajo el título de* Mirando Vivir, *con prólogo de C. M., Barcelona 1976.*

Los trabajos de Barrett, no eran risueñas aceptaciones de la situación, ni social, ni política, ni económica, aun cuando se trataba de un extranjero. Y en ese artículo mencionado, se refería a la pobreza en que se hallaba sumido el trabajador, y a la gran desigualdad en el reparto de la economía. Fue ése el tono en que siguió escribiendo cuando se instaló en el Paraguay, pero sin la virulencia inicial, mucho más sosegadamente, puesto que los conocimientos adquiridos le concedían base suficiente como para expresarse con claridad y con un mínimo de agresividad conseguir llegar al objetivo perseguido.

Los diarios por los que pasa en Asunción, son *Los sucesos* y *La Patria* en 1906, en este último firmó a veces con el pseudónimo de «Teobaldo». Al año siguiente colaboró con *El Diario* y la revista *Rojo y azul,* y fundó otra revista, de neto carácter anarquista, *Germinal,* que fue donde publicó duras críticas a los explotadores del pueblo, y que le valieron cárcel, primero, y expulsión del país, después. Ya en esos años, había publicado su ácido trabajo «Lo que son los yerbales», en el que señalaba las condiciones infrahumanas en las que trabajaban los indios, y la gran mortandad que había a consecuencia de la mala alimentación y la falta de médicos. Fue la publicación de este reportaje, el motivo inicial de una seria fricción que determinó persecuciones y su salida del Paraguay.

En Montevideo, ya dentro de 1908, trabajó para el diario *La Razón,* y gozó de la confianza del director y de los intelectuales uruguayos de aquellos años. Fue entonces, cuando sus artículos interesaron a un editor, Bertani, quien publicó su primer libro en 1910, poco antes de que marchara a Europa, bajo el título de *Moralidades actuales.* Los artículos que llenaban las páginas de este libro habían aparecido, no sólo en el diario montevideano, sino en varios otros como *El Tiempo* o *Germinal.*

El común denominador que recorre las páginas de todos los libros de Barrett que contienen artículos o crónicas, es el del crítico irrefrenable, el del hombre de aguda visión, que le permite penetrar al fondo del asunto y no quedar en la periferia. Así, por ejemplo, su artículo «Dos palabras sobre el anarquismo», en el que sin defender la violencia, demuestra que «somos hijos de la violencia» y lo que se precisa es la violencia fecunda y no la estéril. Argumentando con firmeza y contando con el respaldo de una innegable solidez cultural, llega a demostrar que las razones que impulsan al pueblo a la violencia están motivadas por otra violencia, la del poderoso, que se manifiesta a través del despotismo, el abuso, la injusticia.

No toda la obra de este escritor está basada en el aspecto político, sus conocimientos de arte, sus continuas lecturas de autores europeos, y su atención permanente a los acontecimientos en el Viejo Mundo, le llevan a escribir sobre libros; sobre pintura o sobre el comportamiento de famosos intelectuales. Es por lo tanto una obra extensa y rica en contenido, que no en vano ha sido elogiada por hombres como Blanco Fombona o Enrique Rodó. Y que en algunos casos ha sido comparada con la de Larra.

Solamente una mínima mirada sobre los titulares de sus artículos, nos puede dar una pauta de lo proficuo de su quehacer periodístico y, tal vez, del pensamiento que brota de cada uno de esos breves trabajos. En su primer libro, *Moralidades actuales,*

encontramos titulares como «Diplomacia», «La conquista de Inglaterra», «Marruecos», «La guillotina» o «La independencia de Cataluña». En «El dolor paraguayo», hallamos «Revólver», «La poesía de las piedras», «Mujeres que pasan» o «La tortura». En uno de sus libros más célebres, *Mirando vivir,* nos encontramos con «Champagne y ruleta», «Rockefeller», «Clemençeau», «Pío X» o «En el Louvre». Y en libros posteriores se recogen sus trabajos sobre arte y literatura, como «Mujeres de Ibsen», «Gorki y Tolstoy», «Sobre Vargas Vila y el decadentismo» o «La torre de marfil».

Narrar, vivir y soñar

No solamente cuenta historias que pueda dictarle su experiencia, tanto la del dandy y gran jugador de finales del ochocientos, como las del viajero, periodista y asceta de la primera década del XX, nos encontramos con impresionantes avances con respecto al surrealismo, puesto que se ha de calcular que Barrett escribió todas estas historias entre 1903 y 1910 y que, lo más probable sería que las hubiere producido hallándose en el Paraguay que fue el país que le permitió instalarse y crear un hogar, a pesar de todas las vicisitudes que debiera pasar después.

En la obra narrativa de Barrett,[7] encontramos el cuento estrictamente realista al lado del que se escapa de la lógica cotidiana.

Tratar de catalogar a Barrett como romántico, realista o naturalista, resultaría tarea ímproba, porque su narrativa contiene todas esas corrientes literarias en diversas proporciones y otros ingredientes más (modernismo, incipiente surrealismo) convirtiéndola en un curioso receptáculo variopinto, y logrando con ello una extraña fuerza que sustenta a todo el conjunto de relatos.

Hay que considerar que Barrett escribió su obra narrativa estando ya en América Latina, y que por lo tanto puede tomársele como un escritor de esas tierras. Es también cierto que por tratarse de un profesional formado entre Francia y España, y ser hombre que desde muy joven se había inclinado hacia las letras, algo podía haber llevado de Europa a la América hispana.

Evidentemente, por sobre sus obsesiones, como son la muerte y el amor, y sus aproximaciones al naturalismo, o sus insoslayables rezagos románticos, se aprecian dos claras actitudes en su cuentística: la realidad rotunda aunque no siempre expresada bajo los mismos moldes; y la fantasía o lo irreal. Dentro del conjunto de relatos que podríamos llamar apegados a la lógica normal, puede hallarse también variedad. Acentos románticos, naturalistas, realistas, van apareciendo de relato en relato. Como, también, entre los fantásticos será posible encontrar los terroríficos, los delirantes, como aquella anticipada forma de surrealismo que se percibe en un solo cuento.

[7] *Sus cuentos fueron publicados póstumamente bajo el título de* Cuentos Breves *(Del Natural), por D. M. Bertani Editor, Montevideo 1911. El volumen contiene 35 piezas entre narrativa, aforística y lo que él llamó «Epigrafía», breves diálogos casi teatrales. Aunque Barrett publicó otras narraciones en vida, y se asegura quedaron inéditas varias más.*

Si en sus artículos periodísticos se detecta con facilidad su interpretación de la vida, y su consideración del papel que debe jugar el hombre, así como se le nota decidido en la intención de procurar un cambio en el pensamiento de la sociedad, en la narrativa ese espíritu se aprecia, más que atenuado, discontinuo. No es un insistente martillar sobre determinados temas o formas de comportamiento, sino una pausada reflexión sobre diversas situaciones angustiosas —por lo general— a las que se ve enfrentado el ser humano.

La realidad

Dentro de los cuentos que reflejan lo cotidiano sin la más mínima intromisión de lo imaginativo, hay media docena que pueden señalarse como los más representativos y aun en ese exiguo número, se hallarán claras diferencias entre unos y otros. *De cuerpo presente* y *El maestro,* sin apartarse de la realidad, ofrecen una visión grotesca, caricaturizada de la vida. Hay un humor denso y amargo que no nos deja ni siquiera sonreir, sino que nos empuja hacia zonas de angustia, o nos enfrenta con lo doloroso que es el vivir —o el morir— para muchos seres. Es en *De cuerpo presente* donde lo predominante resulta la anécdota y el tratamiento que Barrett da a ese velatorio, en el que de pronto los chicos de la casa descubren que le han crecido bigotes a la muerta, con lo que nos aproxima a lo esperpéntico de Valle-Inclán. La burla o la maldad infantil se entremezcla con la dolorosa realidad.

Pero esta amalgama de sentimientos está provocada por algo nimio, baladí, y sin embargo el efecto que puede causar es enorme. No alcanza la altura del mejor Valle-Inclán, pero está ahí, muy claramente, la huella de don Ramón. Se puede decir lo mismo, en el caso de *El maestro,* ese pobre hombre que es el hazmerreir de los alumnos y que ni aún después de muerto lo dejan descansar, porque no sabiendo que ya había dejado de existir le colocan una rata muerta sobre la almohada. Nuevamente es lo anecdótico lo que destaca, y su tratamiento contiene esos componentes agrios que brotan del contraste de la alegría frente al dolor.

Por el contrario, cuentos como *El Perro* o *Los domingos por la noche,* nos sitúan ante un narrador que utiliza historias galantes, y procura eliminar todo, o buena parte, del acíbar que contenían los cuentos anteriores. Pero entre estos dos cuentos últimos, también se puede hallar diferencia. Mientras *Los domingos de noche* es una estampa madrileña, *El perro* nos está mostrando lo muy impregnado que lleva en su memoria su estancia en Francia, o sus lecturas de autores franceses. La anécdota del primero tiene jaspes terroríficos, a la manera de Poe, pero destaca la intención erótica. En *El Perro,* por el contrario, todo discurre en un ambiente recargadamente burgués, y el personaje central no es ninguno de los amantes, sino justamente un perro, que con su inesperada indiferencia hacia el amante, con quien había trabado gran amistad, lo salva de ser descubierto por el marido engañado. Ese toque de humor, de gracia, hace que este cuento represente como un descansillo en medio de un abigarrado conjunto de historias donde lo tétrico o lo angustioso tiene prioridad. Y, por otra parte, si se observa la vida del autor, se justifica que la gran mayoría de sus narraciones sean amargas, y

resulta sorprendente que haya escrito unas en las que el ambiente se halle tan distante del que él tuvo o gustó de frecuentar, encontrándose en América Latina, un mundo más bien humilde, de trabajadores, y un comportamiento en que las aventuras extraconyugales parecían ser repudiadas. Hay, por lo tanto, en ese cuento, evidentes reminiscencias de su estancia en Francia o de los años de dandysmo madrileño.

Otros dos cuentos que, dentro de la línea de lo real, merecen ser considerados, son: *Del natural* y *La madre.* A diferencia de los cuatro anteriores, en estos dos transitan evidentes elementos naturalistas. Un naturalismo que bien pudo haber captado o estudiado ya en América Latina, o que conoció en Europa, leyendo a Zola o a Maupassant, y que se aprecia en la insistencia con que se describe un ambiente sórdido, depresivo, en ambos casos hospitales. El derrotismo que subyace en las acciones y el pensamiento de los personajes centrales. La guerra declarada a los prejuicios. *La madre* se inscribe dentro de una línea de protesta, es uno de los cuentos más audaces de Barret, no por la forma, sino por su intencionalidad, el espíritu que defiende. Esa madre que extrangula a su hijo, convencida de que la vida es más dura que la muerte, y aún más, el autor no la presenta como una exacerbada, sino que defiende esa tesis, al mostrar una madre abnegada, infinitamente tierna. En «Del Natural», los rasgos naturalistas son más firmes. La descripción del enfermo, el saber que su padre alcohólico, que le promete sacarle de ese lugar y llevarlo al campo, lo defraudará, componen un cuadro tétrico, sombrío, donde el pesimismo lo arrasa todo, hasta la vida de ese pobre muchacho que fallece atrapado por la tuberculosis y la desilusión.

En esa media docena de cuentos es posible encontrar algunos toques románticos, en cuanto a la forma, pero preferentemente, esto se descubre en otras historias como *A bordo,* por ejemplo, mientras que el Modernismo que tan bien fue aceptado por nuestro autor, tiene escasas huellas en esta narrativa, y lo más notorio es la posible influencia de Rubén Darío a través de su cuento *El rey burgués* y del que el santanderino solamente ha tomado idea de la esencia, o sea el rechazo de la riqueza por parte del intelectual. En la obra de Barrett este cuento lleva por título, *El bohemio.*

La fantasía

Menor es la cantidad de cuentos fantásticos, aunque eso no atente en absoluto contra la calidad. En este aspecto son tres los relatos destacables: *Soñando; La visita* y *El hijo.* De los tres, el primero merece consideración aparte por esos componentes tan escasamente utilizados a principios de siglo, o cuando menos, conocidos por escritores sudamericanos. Barrett nos presenta un mundo basado en otra lógica, o simplemente, una visión diferente a la que vemos cotidianamente, y propia de los sueños. Los personajes no mantienen un comportamiento coherente, parecen flotar más que caminar. Obedecer a otros impulsos, a diferentes instintos. Desde el raro hecho de un profesor dueño de un chimpancé que enloquece e intenta matarlo, hasta ese poeta que lleva su biblioteca enredada en sus largos cabellos, o esa muchacha que se distrae arrancando las alas de los pájaros. Las anécdotas, mínimas, no están imbricadas, cada una parece querer destacar sobre la otra, y dan la sensación de estarse produciendo simultáneamente. No

hay una historia, realmente, sino un conglomerado de signos, una criptografía enredada y desorientadora, que no parece de un narrador como Barrett, a quien se puede situar mucho más en la realidad. Pero este tipo de cuento fantástico no se repite, queda aislado, como matiz diferente en la paleta de un pintor. Lo que llama la atención no es tanto el cuento en sí, cuanto los escasos antecedentes. Las influencias podrían haber llegado a través de lecturas francesas más que castellanas. Y si miramos hacia adelante, nos hallamos en la obligación de situar este cuento como un precursor de la narrativa surrealista de los años veinte.

Si hubiera que trazar un paralelo con otro narrador latinoamericano, ese sería Horacio Quiroga, uruguayo nacido en 1878, y cuya obra, principalmente, se nutre de historias ocurridas en la selva de Misiones, y tanto los animales como los árboles o los ríos, cobran importancia de principales personajes: pero también da paso a cuentos fantásticos, y otra de sus vetas es el amor. De todas maneras los cuentos terroríficos o fantásticos de este escritor uruguayo no muestran ese impresionante desorden que sí tiene *Soñando*, ni ese caos poético, en el que todo lirismo parece quebrarse, pero aún así sigue brillando. Tal vez si en este caso, la semejanza podría encontrase en algún cuento del peruano Clemente Palma (1872), tan dado al esoterismo, y a la búsqueda de temas científicos, que él exornaba con su imaginación febril. Tras leer este incatalogable relato —para la época— de Barret, necesariamente se piensa en Poe, Hoffmann o Kipling, que podrían haberle prestado algunos elementos de su fantasía para que él llegara a este casi desconocido tratamiento de lo irreal en aquellos años.

Los otros dos cuentos sí ofrecen una clara presencia de Poe, *La visita* es la de la muerte, representada por una mujer, a un poeta. En realidad más que fantasía —salvo el hecho mismo de dialogar con la muerte quien quiere llevárselo anticipadamente— aflora el terror. Hay algo de autobiográfico, considerando la endeble salud de Barret, y tomando en cuenta la solicitud del personaje a la muerte, para que lo deje vivir en nombre de su hijo que es aún muy pequeño. El narrador también vive el mismo trance, puesto que hallándose afectado por una tuberculosis grave, tiene un hijo de pocos. Habría que señalar que este cuento no mantiene el mismo nivel hasta el final, pues, es precisamente en las páginas terminales cuando se acusa una flojedad en el argumento del poeta que quiere seguir viviendo.

El hijo en cambio, siendo también terrorífico, tiene raíces más reales y se aleja en mucho de lo fantástico. La intención del narrador es, indudablemente, la del presentar el acto de la natalidad como verdaderamente reprobable, desde el momento en que nadie puede hacer la felicidad ajena. Esta premisa que ya había insinuado en *La madre*, está mejor sustentada en esta oportunidad. Dos seres míseros y feos, tienen un hijo hermoso, a quien crían como un príncipe a costa de sacrificios que llevan al padre a la horca. El muchacho enferma de lepra y la madre lo salva, pidiendo a la muerte que la recoja a ella. Pero la tesis de Barret viene a cerrar el cuento, cuando el hijo ya viejo y al borde de la muerte clama por su madre para que lo vuelva a salvar y al descubrir que no acude a su llamada, la maldice: «¿por qué me diste vida, si no me diste la inmortalidad?» Más que Poe, podría ser la huella de Maupassant lo que se descubre en esta oportunidad.

Recordemos que Barrett había leído muy bien a Poe, y había escrito más de un artículo sobre él, en especial cuando se discutió si «El Cuervo» era plagio de «Uranotheu» de Hollay-Chivers. Nuestro autor salió en defensa de «El sublime visionario», para demostrar que el plagio era imposible. Las lecturas de Barrett incluían tanto a autores europeos —posiblemente leía directamente del francés y el inglés— y a latinoamericanos como Payró; Rodó: Leguizamón; Reyles: Quiroga, y sentía una gran admiración por los rusos Tolstoi, Chejov y Gorki. Esa constelación de autores fue la que le permitió alcanzar un nivel tan destacado dentro de la narrativa de la América de Sur.

El amor, el compromiso, la frivolidad

Aunque sí podría señalarse que existe un común denominador en la cuentística de Barrett: la injusticia como causante de la amargura, es evidente que el escenario, los personajes y, sobre todo, la temática no son reiterativos. Que hay cuentos orientados básicamente hacia el amor, que el humor no está presente en todos los relatos y que, tampoco, siempre se trata del mismo humor. El humor amargo en *De cuerpo presente,* no es el mismo vivaz y grácil de *El perro.* Igualmente, que aunque en menor proporción hay cuentos que se comprometen con las ideas del autor, tal los casos de: *La gran cuestión; El pozo; La cartera; La muñeca* o *Casus belli.* Y que aunque se considere a Barrett un hombre entregado estrictamente a la defensa de la humanidad, su pasado galante y frívolo emerge en algunos momentos, como en *Bacarrat* o *Smart.* La variedad es pues enorme.

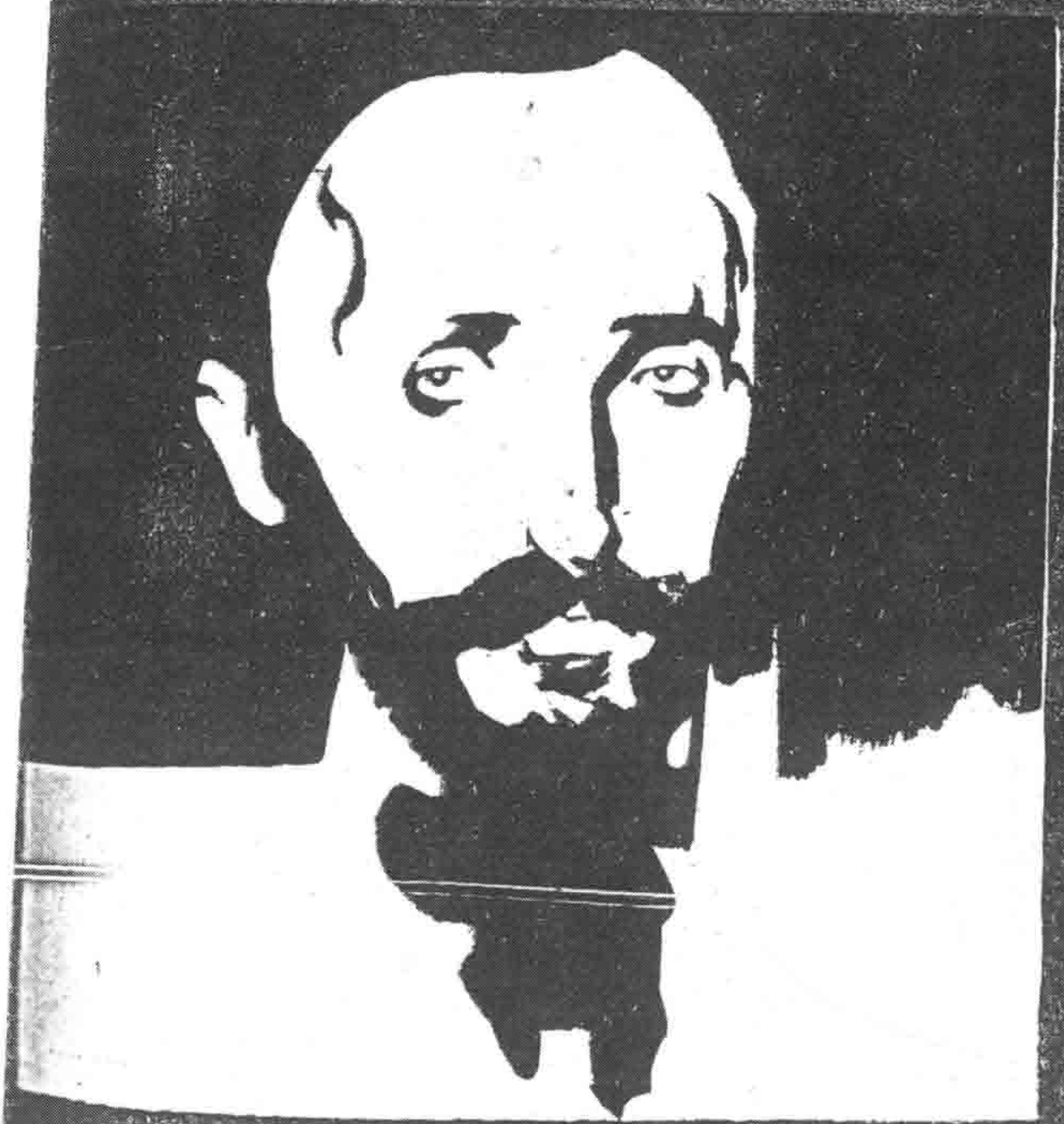
En los cuentos en que el amor es la razón de la historia, suele introducir elementos grotescos, no con la intención de deformar personajes y hechos, sino intentando restar fuerza a la brillantez o la felicidad. Tal como ocurre en *La enamorada,* donde lo que busca es mostrar la desproporción de clases, nuevamente, lo injusta que es la vida con muchos seres. Y lo hace sin virulencia, más bien elegantemente, pero provocando la lobreguez de la angustia. Algo parecido ocurre en *El amante,* donde la felicidad de la pareja la destruye la naturaleza en forma de serpiente.

Pero son los cuentos que podríamos denominar comprometidos, los que merecen una reflexión, no por mejores que los otros, sino por la hábil manera de transportar su pensamiento hacia determinados hechos y personajes. Es evidente que cae en el maniqueísmo las más de las veces pero, también, que supera el elemental nivel de panfleto con gran ventaja y que entrega una historia coherente, atractiva y bien escrita, pero esencialmente catapultadora de protestas contra el orden establecido. A veces, como en el caso de *La gran cuestión,* penetra en lo discursivo pero en otras es fluido, talentoso, tal el caso de *El pozo,* donde la defensa del obrero es lo esencial. O *La cartera,* que es un duro y certero zarpazo contra el capitalismo. Utilizando a un honrado proletario que devuelve el objeto encontrado, y un despectivo magnate sin los más mínimos sentimientos.

Cuentos como *Un fallecimiento, hallan claro parentesco con De cuerpo presente* o *El maestro.* Es la historia de un niño ante el fallecimiento de su padre. El dolor infantil, el desconcierto ante la muerte, no conforman un argumento con misterios, enredos y elementos cautivantes, solamente brochazos negros, trazos doloridos sobre el lienzo.

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION UNIVERSAL



RAFAEL BARRETT

MORALIDADES ACTUALES

0'20 cts CADA EJEMPLAR

COOPERATIVA EDITORIAL FRATERNIDAD

Lo importante de la cuentística de Barrett reside en que ha podido sobrevivir durante más de tres cuartos de siglo. Cosa que también ha ocurrido con sus artículos y ensayos, que están destinados a analizar una actualidad de comienzos de siglo, y que no obstante ese serio inconveniente pueden ser perfectamente leídos cuando nos estamos acercando a la finalización del siglo XX.

Los cuentos de Barrett que son, de su obra tan olvidada, lo menos conocido, no responden exclusivamente a su actitud social, como tampoco a planteamientos estéticos. Hay, como se ha podido ver, narraciones con clara y rotunda intención ideológica, y aquellas que escapan a todo tipo de lucha social, y se inscriben dentro de esquemas de gran universalidad, como la muerte y el amor, enfocados desde diferentes ángulos y trabajados con la argamasa de las distintas corrientes literarias que influyeron sobre este tan particular narrador.

Carlos Meneses